

la última ofensiva del feminismo

«La minifalda es el símbolo

ESTAS palabras son de Nancy Bolhen, una activista de Long Island, exponente de la guerrilla feminista que está agitando a América. Las mujeres se lanzan a la calle con pancartas de protesta, se reúnen en organizaciones políticas o semipolíticas, organizan manifestaciones en los lugares más imprevistos, ponen en circulación «slogans» humorísticos para sacudir el pedestal de la supremacía masculina. Para garantizarse la independencia, estas activistas americanas llegan a proponer la renuncia a ciertas conquistas consideradas hasta ahora como fundamentales: por ejemplo, la pensión alimenticia en los casos de divorcio. Es reciente el episodio de un grupo de mujeres, en Nueva York, que se manifestaron bajo las ventanas de la cárcel para hombres, de Hudson Street, con pancartas en las que llevaban escritas cosas como «Basta de pensiones alimenticias», «No queremos limosnas de los hombres», «Dejadlos libres, nosotras pensaremos en todo lo demás». En esa cárcel, en efecto, están detenidos muchos ex maridos culpables de no haber pagado la pensión alimenticia.

Cuando la casi totalidad de las organizaciones feministas de Estados Unidos se reúnan en Boston, tendremos una idea más precisa del auténtico significado de estos episodios. «Nos



La guerrilla feminista está agitando los Estados Unidos. Las mujeres se lanzan a la calle con pancartas de protesta, se reúnen en organizaciones políticas o semipolíticas, se manifiestan en los lugares más imprevistos...

de la esclavitud sexual a la

reunimos para contar las cabezas y alzar más la voz», continúa Nancy Bolhen. «Quizá consigamos ponernos de acuerdo, quizá no. Pero, en cualquier caso, el congreso servirá para que el mundo masculino tome conciencia de nuestros programas». Mientras tanto, tiene lugar una prueba muy importante para el movimiento feminista: el debate sobre la reforma del aborto en el parlamento estatal de Albany. «No se trata —dice Jeannie Sakol, escritora y agente publicitaria de Madison Avenue, dirigente de la Pussycat League— de abolir completamente la ley, sino de reformarla».

Menos propensas al reformismo se muestran, sin embargo, casi todas las otras organizaciones feministas. Las mujeres de la Witch (palabra que significa bruja y cuyas iniciales corresponden a Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres Infernales), las más radicales de todas, acusan a las de la Pussycat League de «tío-tomistas», es decir, serviles y renunciantes. Para ellas, el hombre es un «buitre al que hay que atacar por donde menos se lo espere». La reforma de la ley sobre el aborto, por ejemplo, es juzgada absurda: la ley debe ser abolida por completo, como el matrimonio. «Si no, ¿qué hacemos con una libertad a medias?».

Por Romano Giachetti



«El nuestro es un mundo en formación. En cada manifestante hay un ama de casa frustrada, pero detrás de una romántica incurable puede esconderse una auténtica furia», dice el psicólogo Andrew Stein, único hombre que forma parte del grupo feminista californiano...

que nos someten los hombres. En adelante, los pantalones los llevaremos no sólo simbólicamente sino de hecho».

Armadas de esta ideología, se han puesto en pie de guerra. En el Madison Square Garden se celebró recientemente un acontecimiento excepcional: el día de la novia, con millares de productos nupciales y del hogar expuestos en la mayor feria que la industria haya jamás organizado dentro de su género. La feria es visitada por una multitud grandiosa, rebosante de dinero, segura de sí misma, en la excitación que precede siempre a las adquisiciones importantes. Y he aquí que en medio de este esplendor llegan, como mitológicas Amazonas, un par de docenas de mujeres de la Witch. Vestidas de novias, naturalmente: sólo que sus trajes de novia eran negros, negros los velos y las escobas. Y se pusieron a declamar una letanía irreproducible. «Para poner en guardia a las otras mujeres —me dice Sandra Cohen, morena y graciosa, secretaria de un famoso editor, que parece cualquier cosa menos una bruja—. Para que se diesen cuenta a tiempo de la trampa de la explotación masculina».

Algunos días antes, un grupo de trece activistas de la misma organización se habían trasladado a Wall Street, a la bolsa, y habían sembrado la confusión en el gran salón de las contrataciones, dirigiéndose desde el balcón destinado al público y

con frases bastante fuertes a la única mujer que, desde 1967, ostenta un cargo en la meca del capitalismo mundial. «Al día siguiente —me dice Sandra Cohen—, la bolsa descendió cinco enteros. Habíamos ganado una batalla».

«La guerra va a durar mucho, y los combates se desarrollan en todos los frentes, no sólo el político y el económico», dice Cathy Dank, del grupo Women's Liberation, y Robin Morgan, del mismo movimiento, añade: «En una sociedad como la nuestra, dominada por los hombres, las mujeres son explotadas, sobre todo, para el papel que les ha sido asignado en las relaciones entre los sexos. Sin embargo, los papeles sexuales son fundamentales, no puede haber duda: por eso, lo que hay que hacer es liberar a ambos sexos de la opresión, hacerlos auténticamente felices, si no, terminará por extinguirse la vida en nuestro planeta».

Así, las muchachas de Women's Liberation se han manifestado, en fecha reciente, en Atlantic City, donde lo mejor de la burguesía americana se reúne anualmente para la elección de «Miss América», una de las tradiciones más sagradas del país. «El concurso para la elección de "Miss América" —me explica Robin Morgan— ha sido siempre una convención racista. ¿Es que ha triun-

fado una negra alguna vez? Además, la elegida va luego a Vietnam a divertir a las tropas. ¿Por qué hemos aprovechado esta ocasión para manifestarnos? ¿En qué otro lugar podíamos encontrar racismo, militarismo y capitalismo reunidos todos en un símbolo ideal, la mujer?».

¿Qué objetivos se proponen, pues, las mujeres comprometidas en esta batalla neo-feminista? «No una mayor participación en el poder por parte de la mujer, sino la abolición de la tiranía sobre la que se levanta la sociedad de consumo. No la paridad sexual, sino el fin de la explotación de un sexo por el otro». ¿Cómo alcanzar estos objetivos? Los movimientos reivindicativos tradicionales no son suficientes. Las componentes del grupo «Redstockings», las ya famosas «Medias rojas», se oponen a las «reformistas» de la Witch, porque dicen «no queremos formar parte de la izquierda existente, queremos una nueva izquierda».

Y Franca Mucci, dirigente del New Feminist Theatre: «Para hacer la revolución, las mujeres se unirán a los negros y a los jóvenes, serán la tercera fuerza» (obsérvese que aquí nadie menciona a los obreros al hablar de revolución); «pero, ¿cómo puede desarrollarse una sensibilidad revolucionaria si se está enamorada de un hombre?

El amor nos hace débiles, nos esclaviza. Hemos de vencer los estímulos que nos llevan a los brazos del hombre, y si subsisten los estímulos, bueno, siempre se puede... Pero basta con el sexo. La vida está llena de muchas otras cosas».

Uno pone esto en duda cuando las oye hablar. Si no hablan de sexo, hablan de karate, de táctica de guerrillas. Algunas de esas chicas han cambiado de nombre. He conocido, por ejemplo, a una «Betsy, la guerrera», así como a una «Jane, el desafío», y me dicen que en Chicago hay un grupo, todas cuyas componentes han adoptado nombres masculinos «por mimetismo». Pero siempre se vuelve a lo mismo: el libro más leído de todas ellas es «The myth of vaginal orgasm», de Anne Koadi. El psicólogo Andrew Stein, al que interrogo, porque es el único hombre que forma parte del grupo feminista californiano en la convención de Boston, me dice: «El nuestro es un mundo en formación. En cada manifestante hay un ama de casa frustrada, pero detrás de una romántica incurable puede haber escondida una auténtica furia. Probablemente nos encontramos sólo frente a un aspecto de la revolución sexual, pero, ¿estamos tan seguros de que no se trata de algo muy parecido a la revolución-revolución?».